

EMPEZÓ CON UN HORMIGUEO POR AQUÍ...

No sabría describirlo. Es un hormigueo aquí en la planta del pie, que luego sube por el tobillo. Puede resultar incluso agradable: como un fluido tibio que asciende por los nervios, o más bien burbujas de champán dentro del músculo.

No parece preocupante. Seguro que todo el mundo ha sentido algo así. El cuerpo hace cosas que nosotros no controlamos. Llama nuestra atención. Envía mensajes.

Pero esto es distinto. Yo noto el cosquilleo casi constantemente. Se ha alojado en mi pierna izquierda. Y está vivo. De hecho, he descubierto que se mueve siguiendo unas pautas. Empieza en el talón, sube hasta la rodilla y se detiene. Yo lo espero. Antes o después reaparecerá por detrás del muslo, bajando luego en un escalofrío hasta el pie izquierdo. Vuelta a empezar.

.../...

He hablado con Benito, el guineano del octavo efe. Un buen amigo, que sabe de estas cosas. Él me ha explicado. Ahora sé lo que tengo. Se llama nigua. Un parásito chupasangre, y éste además es particularmente activo. Si no detienes a la nigua, hará su puesta. Centenares de huevos dentro de tu cuerpo. No quiero imaginar el hormigueo. Sólo de pensarlo ya me pica otra vez la pierna.

.../...

En la Seguridad Social dicen que todo esto son imaginaciones mías. No tengo síntomas externos, y además nunca he estado en zonas de contagio, así que se niegan a tratarme. Suerte que Benito me va a ayudar. Su primo Crisanto, desde Malabo, me enviará el remedio por correo.

Mientras espero, intento no pensar lo que está ocurriendo dentro de mi pierna. Cuando acerco el oído, creo que puedo oír el risas de la nigua consumiéndome.

.../...

Crisanto me ha enviado este tarro escondido en un paquete de revistas. Es petróleo calabar con aceite de palmiste, pero no puedo usarlo porque faltan las semillas de etup que debo tomar antes de untarme el petróleo. Las semillas que tenía preparadas se le han podrido, y no le dio tiempo a secar otras nuevas. Llegarán en un paquete aparte.

.../...

Esta mañana el cosquilleo era más bien una garra por debajo de la piel. Ahora las niguas están en las dos piernas. Hay más de una. Se ramifican excavando galerías entre los músculos. Siento cómo alguna penetra hacia el hueso, se detiene y da la vuelta. Miro el buzón tres veces al día, para ver si llega el aviso de Correos con el paquete de Crisanto.

.../...

Han colonizado la espalda. Es un repiqueteo entre los omóplatos. En las piernas tengo calambres permanentes. Me he hecho una herida al rascarme.

.../...

Por la tarde fui a levantarme de la silla y caí redondo. Las extremidades ya no soportan mi peso. No puedo dejar de rascarme. Tengo ronchas abiertas por todo el cuerpo.

.../...

He pasado unos días en la cama. Dos de las heridas se infectaron y me subió la fiebre. Menos mal que en el botiquín guardo de todo. En cuanto pude, bajé corriendo al buzón, pero no había noticias de Crisanto.

.../...

¡Por fin! Esta mañana llegó el aviso de Correos. Me vestí como pude, bien forrado a pesar del calor, y ya tengo aquí la caja de Malabo. Quito a tirones las estúpidas revistas. Algo cae al suelo y se destripa. Lo que me importa está debajo: un envase al vacío con las semillas de etup. Me trago tres o cuatro y, mientras espero a que hagan efecto, leo la carta de Crisanto. Es un gracioso. En el

paquete ha incluido una ampolla con arena donde se conserva viva una colonia de niguas hembra. “Para que conozca al bicho” —me escribe con su letra redonda en una hoja de cuaderno escolar. La ampolla se rompió con las revistas. Veo las niguas. Son esas pulgas color té que bailan entre la arena. Al mirarlas, siento un cosquilleo en la cabeza. No puedo más. Empiezo con el petróleo ya. Para que haga efecto debe penetrar a fondo. Por eso Crisanto decía que antes de untarlo, me raspaba la piel con una hoja de afeitar. Empiezo por la pierna izquierda. Concienzudamente. Salen gotitas de sangre, pero continúo sin que me importen los cortes. Esto es rascarse de verdad. Algo de sangre mancha la ampolla rota y las niguas del suelo se vuelven locas. Brincan como escaldadas. Algunas alcanzan mi pie, pero yo las barro y extendo el petróleo. Escuece. Una nigua de Crisanto me salta al brazo. Cuchillada en la muñeca. Ya no veo con esta sangre tan espesa. Luego me haré una cura. Ahora tengo que ponerme el petróleo ¡Dios! no me da tiempo. Están entrando. Se me va la fuerza, pero es agradable ese cosquilleo de niguas que trepan mientras la sangre tibia cae formando regueritos.

Autor: Crisanto